

ct

El peregrino de sí mismo

de
Arturo Echavarren

(fragmento)

¡Aguarden, escuchen, oigan, adviertan! ¡Yo no soy yo! Soy otro. Otro yo, otro mí, otro conmigo. Pues yo soy distinto del yo que creen vuestas mercedes que yo mismo me soy. ¡Aguarden y escuchen y oigan y adviertan y verán y tocarán y olerán cosas maravillosas!

Mira a su alrededor, apurando el silencio como una copa.

Lo que quiero decir es que me parió adrede mi madre. ¡Ojalá no me pariera! Cuando nació, nació tarde, porque el sol tuvo vergüenza de verme. Murieron pronto mis padres; Dios en el cielo los tenga, porque no vuelvan aquí a engendrar más hijos. Me dejaron por buen nombre Santiago de Negrodía Álvarez de Nochenegra, pues es tan infeliz mi suerte que no hay cosa mala o buena que, aunque derecha la piense, al revés no me suceda. Si yo camino abrigado, se abrasa en fuego la tierra. Si no llevo capa, caen chuzos de punta. De noche me confunden con cuantos esperan para molerlos a palos y así, inocente como un cordero, me descalabran dientes y lomos. Las tejas aguardan hasta que yo pase para caerse. Me aciertan las pedradas; las curas en la botica solo me yerran. No hay necio que no me hable, ni vieja que no me maldiga, ni pobre que no me pida, ni rico que no me ofenda. No hay camino que no pierda, ni juego donde no gane, ni amigo que no me engañe, ni enemigo que no me estreche. Si alguno quiere morir, no tiene más que proponer hacerme algún bien y no vivirá hora y media.

Esta es mi dura suerte, esta mi Fortuna espesa que me ha tropellado con mil variedades de pestes y coscorriones desde que empezó mi vida entre lágrimas y caca. ¡A tanto vino a llegar la adversidad de mi estrella!

Temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me han de dar crédito alguno, mas a fe de caballero honrado que puedo decir verdaderamente y sin escrúpulo que la causa primera de mis muchos males y padecimientos fue... un huevo de gallina.

Pausa.

Todo comenzó una oscura noche de verano, cuando alguna vecina de secas entrañas, flemática, frágil, fría, floja, follona, fullera, fiera y fregona, con más bigotes que un armenio y más barbas que mi tía, entró en mi casa sin hacer ruido y, por el cielo que nos cubre, robó el huevo que teníamos abrigado en un cesto. A la mañana siguiente, al levantarse mi esposa y no encontrar el huevo, turbada y confusa se llegó a mí y comenzó a dar gritos de esta manera.

Se pone la capa sobre el sombrero, a modo de toca de mujer y adelgaza la voz.

“¡Ay, Santiago! ¡Ay, Santiago, ay! ¡Ay, Santiago, que huevo no hay! ¿Qué se hizo de este huevo? ¿Quién lo tomó? ¿Quién lo llevó? ¿Qué será de mí, cuitada? ¡Ay, huevo mío de dos yemas, qué gallo y qué gallina habrían salido de ti! Del gallo habría hecho capón que me valiera veinte maravedís y la gallina, catorce. O quizás la habría arrimado a un gallo y me habría sacado tantos pollos que tendríamos la casa llena de aves. ¡Ay, huevo mío, atapador de mis menguas, socorro de mis trabajos! ¿Y qué será de mí? No tengo, no alcanzo, no me precian las gentes nada. ¡Ay, triste de mí! ¡No ser en mi propia casa señora de un huevo! ¡Maldita sea mi vida! ¡No diré que Dios está ya en el cielo si sufre y consiente esta injusticia! ¡Ya, Señor, llévame deste mundo, que mi cuerpo no guste más pesares ni mi ánima sienta tantas amarguras!”

Echa de nuevo la capa sobre sus hombros.

Y tantos y tales eran sus gritos que se alborotó la vecindad toda y daban aullidos los perros y doblaban a muerto las campanas de la catedral. Y, dando voces, me miraba mi esposa de soslayo y yo la miraba sin decir nada, que no es cortés interrumpir a quien da gritos con tanto aliño, y así le sonreía como caballero honrado por darle alegría. De pronto, nobles señores, me miró muy molesta y se calló dos veces; la primera porque quedó en silencio y la segunda porque palideció y se le mudó el semblante y se turbó en extremo y por la turbación se cayó al suelo como muerta. Me agité yo sobremanera y, encomendándome a todos los santos, la agité para que despertara, mientras le decía.

Mima un zarandeo vigoroso.

“¿No despiertas? ¿No despiertas? Bien se ve que no despiertas”.

Y ella, cerrada en su parecer como gusano de seda para morir en él, se esforzaba por no despertar por más que la meneara. Al cabo de un rato, por no despertar, pidió pluma y papel y escribió delicadamente sobre él:

“Sin huevo no hay despertar”.

¡Vive Dios, cuán amarga es la vida! Viviendo, todo falta. Muriendo, todo sobra.